

NEW LEFT REVIEW 90

SEGUNDA ÉPOCA

ENERO - FEBRERO 2014

ARTÍCULOS

SUSAN WATKINS La triple torsión de Europa 7

ENTREVISTA

BHASKAR SUNKARA Proyecto *Jacobin* 30

ARTÍCULOS

DANIEL FINN Repensar la República de Irlanda 47
FRANCESCO FIORENTINO La ambición 81
ENRICA VILLARI El deber 92
GOPAL BALAKRISHNAN Marx, el abolicionista I 102

CRÍTICA

VIVEK CHIBBER India irredenta 144
MICHAEL DENNING Diseño y descontento 152
BLAIR OGDEN Walter Benjamin 158

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde la Secretaría de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación y el Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador-IAEN

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



Secretaría de
Educación Superior,
Ciencia, Tecnología e Innovación



traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

Nikil Saval, *Cubed: A Secret History of the Workplace*, Nueva York y Londres, Doubleday, 2014, 352 pp.

MICHAEL DENNING

DISEÑO Y DESCONTENTO

En 1977 me encontré a mí mismo –gracias a un encuentro casual en un bar– trabajando en una oficina de la corporación Raytheon, dedicada a los contratos de defensa. Necesitaba el trabajo, después de no haber encontrado manera de pagar el alquiler mientras vivía en el «movimiento», la marea de locales radicales que estaban desapareciendo con la misma velocidad con que habían surgido. Comparado con el romance de encontrarse con el proletariado estadounidense en fábricas y minas que encendía nuestras imaginaciones –se acababa de estrenar el gran documental de Barbara Kopple sobre la huelga de los mineros de Kentucky, *Harlan County USA*–, el monótono ritmo de desplazamientos en metro hasta la plomiza tranquilidad del edificio de Charles River, donde Raytheon nos pagaba por revisar informes del Gobierno sobre ferrocarriles metropolitanos, parecía llevarme todo lo lejos que se puede imaginar de la vanguardia del cambio social.

Mi guía en este espacio de oficinas –un interminable serpenteo entre el laberinto de despachos con hombres jóvenes, cortando y pegando con cúteres de X-Acto sobre mesas de luz, y los equipos de mecanógrafas de mujeres algo mayores, los dedos volando sobre las IBM Selectrics con sus cabezales intercambiables– no era C. Wright Mills y su *White Collar*, que ya parecía desfasado, sino las caricaturescas descripciones de Yoyodyne que hacía Thomas Pynchon (el traslado a la ficción de sus días como redactor técnico en Boeing) y la interminable épica oficinesca de Joseph Heller, *Something Happened* (en la que por lo que yo recuerdo, no pasaba nada). Pero la historia

se produce donde menos lo esperamos: en la maravillosa «historia secreta del lugar de trabajo» de Nikil Saval, me entero de que mi Boston de la década de 1970 tenía la mayor proporción de espacio de oficinas, en relación a la población, de cualquier ciudad de Estados Unidos, y que la oficina con la que me encontré no sería «simplemente otro lugar de trabajo [...], sino la firma de una avanzada sociedad industrial [...], la dominante cultura del lugar de trabajo del país».

Si hubiese estado prestando atención a los informes del Gobierno que editaba, me hubiera dado cuenta de que una comisión de la Administración de Nixon ya había llegado en 1972 a la conclusión de que «la oficina actual, donde el trabajo está segmentado y jerarquizado, a menudo es una fábrica. Para un número cada vez mayor de empleos, hay poco que los diferencie excepto el color del cuello del trabajador: las operaciones de digitalización de los ordenadores y los equipos de mecanografía comparten muchas cosas con la cadena de producción de una fábrica de automóviles». Ahora esto parece una trivialidad, y el logro de Nikil Saval es recuperar la rareza del cubículo común.

Saval, un joven escritor asociado con la revista *n+1*, menciona brevemente su propia experiencia trabajando en un cubículo, pero *Cubed* parece surgir en mayor medida de las narrativas sobre cubículos con las que creció: el cómic *Dilbert*, la película de culto *Office Space*, el programa de televisión *The Office*, por no mencionar el serializado drama costumbrista de *Mad Men*. Así, aunque Saval afirma que el libro es un homenaje a la sociología de Mills en «Las clases medias estadounidenses» (el subtítulo de *White Collar*), está más en la línea de las brillantes representaciones que hace Barbara Ehrenreich en «La vida interior de la clase media» (el subtítulo de su obra de 1989 *Fear of Falling*). El trabajo de Saval no es tanto una obra de una «imaginación sociológica» millsiana como de lo que Ehrenreich llamó una vez «la historia de las malas ideas», remando entre las olas de las panaceas de gestión, terapéuticas y de diseño que conforman el pensamiento popular y modelan el trabajo y la vida diaria. *Cubed* es un compendio de todas las «malas ideas» que han entrado en las oficinas: desde la «mesa para abrir el correo con su “estudio del movimiento”» del taylorismo de la década de 1920, a «la cueva y el espacio común» de Apple en la década de 1990; desde los sueños de lo «ergonómico» y de la «Teoría Y», a los de la «habitación de trabajo en equipo» y el «encuentro casual». *Cubed* es, señala Saval, «una historia desde la perspectiva de la gente que sintió esos cambios desde sus mesas».

A medida que Saval pasa desde el *Bartleby* de Herman Melville, al *Dilbert* de Scott Adams, va describiendo gráficamente varias historias familiares: el cambio desde los administrativos masculinos, con sus desmontables cuellos blancos en la salas de contabilidad de mediados del siglo XIX, a las mecanógrafas, taquígrafas, archivadoras y operadoras de centralitas de la oficina del

siglo XX; la revolución copernicana en la que la oficina pasó, desde su anterior posición de satélite girando alrededor de la fábrica y la mina, al centro de un sistema solar de información y servicio; y la migración del espacio de la oficina desde los rascacielos del movimiento moderno en los centros de las ciudades –separados de los distritos industriales y representados por el edificio Larkin de Frank Lloyd Wright y la Lever House de Skidmore, Owings y Merrill– a los «parques de oficinas» en las afueras de la ciudad cuyos emblemas incluyen la sede de Connecticut General obra del SOM.

Por debajo de estas historias Saval entretiene una dialéctica del descontento y el diseño. Las vejaciones del «oficinismo» [*deskism*] –un término que Saval encuentra en Edgar Allan Poe– se repiten a lo largo de esta historia en el diario de un administrativo de un comercio de Nueva York en la década de 1850, en el «habla» de las oficinistas feministas de la década de 1970, y en la propia investigación del fabricante de muebles de oficina Steelcase Inc. sobre los habitantes de los cubículos en la década de 1990. En casi todos los casos, la respuesta al descontento en la oficina era un nuevo diseño. La oficina –y cada generación de reformas de la oficina– ofrecía una promesa de armonía de clases, de satisfacción y trabajo creativo, de luz natural y aire acondicionado. Esta era una promesa compartida no solo por los diseñadores de oficinas –Saval señala que «cualquiera que trabaja en una oficina pasa una extraordinaria cantidad de tiempo pensando sobre la disposición de las oficinas»–, sino también por los propios trabajadores: «La oficina elige a las mujeres, pero las mujeres también eligen la oficina».

Desafortunadamente, la promesa rara vez se cumplía; algunas veces, por los fracasos de los diseñadores –«los planificadores y arquitectos de oficinas tienden a imaginar que la configuración de sus propias oficinas debería ser la manera de trabajar de todo el mundo»–, pero, normalmente, debido a los imperativos del beneficio: «Las compañías no tenían ningún interés en crear entornos autónomos para sus “actores humanos”». En vez de eso, querían llenar un espacio lo más pequeño posible con el mayor número de personas posible, por el menor coste y lo más rápidamente posible. Los protagonistas de Saval –un montón de personajes, como el arquitecto Mies van der Rohe, Robert Propst, el inventor de la «estación de trabajo», el diseñador Florence Schust Knoll, Katharine Gibbs, fundadora de la Escuela de Secretariado, y la asesora de escritores Helen Gurley Brown– tienden a ser los que hicieron poderosas y persuasivas promesas solamente para ver cómo se diluían y se incumplían. Un breve y esclarecedor relato sobre el edificio Seagram, de Mies van der Rohe, acaba con Mies preguntándose: «¿Qué diablos fue lo que se hizo mal?»; Propst admite que sus «estaciones de trabajo» habían quedado convertidas en «infiernos [...], pequeños cubículos»; y a pesar de la «imagen de prestigio» de las chicas de Katie Gibbs, la propia Gibbs escribió que «la carrera de una mujer está bloqueada por la falta de oportunidades,

por la injusta competencia del varón, por los prejuicios y, no menos, por un salario y un reconocimiento inadecuados». Sin embargo, el diseño renace eternamente y Saval no puede evitar una punzada de excitación cuando visita las «reencantadas» oficinas del futuro, TBWA/Chiat/Day, la Mountain View de Google y el edificio de Interpolis de Eric Veldhoen.

Como otras historias de cercamiento, *Cubed* finaliza con la expropiación. El sueño de una oficina con vistas se desvanece no solo en cubículos cada vez más pequeños y en «oficinas virtuales», sino que, después de los despidos de personal de oficinas con las crisis de las décadas de 1980 y 2008, se llega a los trabajadores de oficinas sin oficinas, a los trabajadores autónomos o al precariado. También aquí la dialéctica de Saval produce otro giro en algunos lugares: el fenómeno del «espacio compartido» [*coworking*], donde los trabajadores autónomos pagan una cuota para compartir una oficina. Saval sostiene que «la flexibilidad no tiene que ser un truco más en el manual de la gestión», «es una herramienta, una oportunidad [...], corresponde a los trabajadores de oficinas el hacer que esta libertad tenga sentido: hacer que la “autonomía” prometida por el desgaste del contrato de trabajo sea una autonomía real, hacer que los lugares de trabajo sean auténticamente suyos».

Quizá sea una señal de nuestra vida sin salarios que la única promesa de control para los trabajadores se encuentre en la «flexibilidad» creada por el desgaste del contrato laboral. Sin embargo, también puede ser un producto del propio «oficinismo» de Saval. Aunque dice que su historia «habla a través de trabajadores sin cara y sin nombre», a menudo parece hacerlo a través de «las máquinas de escribir y los archivadores que utilizan y de las sillas en que se sientan». Esto tiene dos importantes consecuencias que no hay que subestimar. Nos sumerge en los interiores de los edificios de oficinas normalmente alabados por su arquitectura exterior, como en su relato del plan de Florence Schust Knoll para Connecticut General; y trastoca por completo cualquier idea del sentido común de que la oficina sea un lugar de trabajo virtual o inmaterial fijándose en la resistente materialidad de la espalda y el trasero en el escritorio y la silla: desde el elevado escritorio de madera de Wootton de las oficinas de finales del siglo XIX, pasando por la moderna y eficiente mesa de metal de Steelcase hasta la silla Aeron de 1994, «el símbolo más poderoso de la burbuja puntocom». Pero hay riesgos laborales en esta clase de historia del diseño. En primer lugar, como otras formas de historia del arte, tiende a resaltar lo nuevo y lo innovador, y *Cubed* es un maravilloso relato de la oficina de vanguardia: las «oficinas del futuro». Pero las oficinas del mundano presente son normalmente un desigual revoltijo de innovadores sistemas de archivo y estaciones de trabajo con pocos recuerdos de cómo se suponía que iban a aumentar la creatividad o la eficiencia. En segundo lugar, la historia del diseño en *Cubed* es un cuento sobre la homogeneización de la «estación de trabajo», la abstracción

de una jerarquía de escritorios y sillas en cubos flexibles e intercambiables. Esta historia del diseño, sin duda, es cierta, pero tiende a minusvalorar las divisiones entre los trabajadores de las oficinas y las prácticas laborales en nombre de revelar la «dominante cultura del lugar de trabajo del país».

A medida que avanza el libro, la historia del diseño de la oficina deja fuera la historia de los procesos de trabajo que se efectúan dentro de ella. Es como si se contara la historia de la fábrica desde el punto de vista de Albert Khan (el diseñador de las fábricas de Ford en Highland Park y River Rouge) en vez de desde el punto de vista de Ford, de sus trabajadores o del sindicato United Automobile Workers. Los puntos fuertes de esto son considerables: el espacio de trabajo tiene importancia –está mal iluminado, es ruidoso, caluroso, mal ventilado– y estas formas de injusticia en el lugar de trabajo se han trivializado a menudo simplemente como las «condiciones de trabajo». Pero en *Cubed* los trabajadores tienden a quedar eclipsados por sus escritorios. En parte esto se debe a su planteamiento: la rica historia laboral de los primeros trabajadores administrativos que dibuja en la primera mitad del libro no se mantiene para lo que se podría llamar la clase trabajadora «de 9 a 5». Pero también se debe a que Saval considera la revuelta del «plantel de mecanógrafas y secretarías» – representada por la organización sindical 9to5, dirigida por Karen Nussbaum en Boston, así como por la popular película feminista *9 to 5* de 1980 (que reunía al improbable trío de Jane Fonda, Dolly Parton y Lily Tomlin)– como un breve y pasajero acontecimiento que «gracias a la tremenda cobertura de los medios de comunicación [...] empezó a parecer como una oleada». Aquí tengo que discrepar: aunque yo solo era vagamente consciente de las simpatías por 9to5 entre las mujeres del equipo de mecanógrafas de Raytheon en 1977 hubo una enorme ola, en pocos años, entre las mujeres que trabajaban en oficinas que ni siquiera un joven oficinista varón como yo podía pasar por alto, especialmente en las oficinas universitarias en las que entré después de dejar Raytheon. La organización 9to5 de Boston –que en 1975 se había incorporado al SEIU (Service Employees International Union) para convertirse en «Local 925»– señaló una importante transformación social: la oleada de huelgas y campañas organizativas protagonizada por el SEIU (y sindicatos similares como UNITE HERE) la convirtieron en la mayor y única sección en aumento dentro del movimiento sindical estadounidense, convirtiéndose en el equivalente contemporáneo del United Automobile Workers de Walther Reuther de la era fordista. Desde luego, no todos los miembros del SEIU eran trabajadoras y trabajadores de oficinas (en su momento crearon una específica División de Trabajadoras de Oficinas) o, más bien, no todos los «trabajadores y trabajadoras de oficinas» del SEIU trabajaban sentados en un escritorio; se puede pensar solamente en los conserjes y guardias de seguridad que limpiaban, mantenían y guardaban los edificios llenos de cubículos de los que habla Saval.

Igual que sucede con la retórica del «sector servicios» –la idea de que la gran mayoría de los asalariados son trabajadores de ese sector–, la noción de que la oficina es el lugar de trabajo predominante, de que todos somos trabajadores de oficina, puede ocultar tanto como lo que revela, oscureciendo diferencias y jerarquías fundamentales existentes dentro de la misma. El trabajo de servicios está marcado al menos por dos divisiones primordiales: la división de los procesos de trabajo entre lo que en la industria hotelera se llama «trabajar o no de cara al público», esto es, los trabajadores y trabajadoras que están en contacto con los clientes y los que cocinan, limpian y procesan datos; y la división existente entre los servicios del hogar –la externalización y mercantilización del trabajo no pagado de las mujeres que cuidan de los niños y ancianos, preparan la comida y limpian la casa– y los servicios empresariales, que suponen la externalización de elementos del proceso de acumulación para bancos, compañías de seguros y minoristas. ¿Estas divisiones, u otras similares, caracterizan el panorama del trabajo en las oficinas? ¿Se parece el trabajo de oficina realizado de cara al público, que se ocupa de los clientes, al trabajo de procesado de datos que se efectúa sin contacto con estos? ¿Son los procesos de trabajo de oficina que prestan servicios financieros totalmente similares a los que ofrecen servicios baratos diarios a los hogares de la clase trabajadora? ¿Qué pasa con la división internacional de los cubículos?

Si la externalización del servicio del hogar ha tomado la forma de una masiva migración internacional de trabajadoras domésticas, la deslocalización de los servicios empresariales ha creado un espacio de oficinas global paralelo a la cadena de montaje global, ya que las líneas de comunicación digitales permiten la fácil transferencia de datos de toda clase de servicios, desde la contabilidad financiera y la gestión de nóminas a los registros médicos y los centros de atención telefónica. A pesar de unas pocas miradas a otras latitudes –el fascinante debate en la República de Weimar sobre los trabajadores de cuello blanco, la revuelta europea contra la *Bürolandschaft* en la década de 1970, la Ciudad Electrónica de Bangalore en India y el reconocimiento de que *The Office*, realizada originalmente para la televisión británica, ha sido adaptada no solo en Estados Unidos, sino también en Chile, Alemania, Israel y Francia–, el placer y la frustración de *Cubed* es que manifiesta las fortalezas y debilidades de un clásico género de crítica cultural estadounidense; une las novelas con los cómics, las sillas, con medio olvidados éxitos de ventas sobre gestión empresarial, revelando la historia secreta detrás de nuestros asumidos cuentos; incluso aunque esos mismos cuentos nos dejan curiosamente fijados en la oficina en Estados Unidos.